

Derechos de autor 2025 ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS, HISTORIA, CULTURA Y DISEÑO
Creative Commons License
Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0.
<https://doi.org/10.24275/WMBD1806>

¿Los sonidos de la inseguridad? La experiencia vecinal en una colonia popular de la Ciudad de México

The sounds of insecurity? The experience in a working-class neighborhood in Mexico City

Os sons da insegurança? A experiência em uma colônia popular da Cidade do México

Roberto Daniel Pérez García

Universidad Autónoma Metropolitana, México

<https://orcid.org/0000-0002-2787-5072>

Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2024 | Fecha de aceptación: 09 de marzo de 2025

Resumen

En México y Latinoamérica, la inseguridad se posiciona como uno de los principales problemas sociales. Esta situación puede constatar en diversos indicadores gubernamentales y una serie de investigaciones. Sin embargo, en ambos casos se ha prestado poca atención al componente sonoro que rodea el sentimiento de inseguridad. Por esta razón, el presente artículo tiene como propósito complejizar esta problemática desde la experiencia sonora de un grupo de vecinos, que habitan en una colonia popular de la Ciudad de México. Para este cometido, se emplea una metodología cualitativa, centrada en el trabajo etnográfico e inspirada en la perspectiva teórica de los estudios sensoriales. De modo que al final del artículo, el lector(a) habrá advertido la importancia del sonido como un elemento no sólo representacional de la experiencia de inseguridad, sino también como productor de significaciones de riesgo y peligro.

Palabras clave: Inseguridad; Paisaje sonoro; Vecinos

Abstract

In Mexico and Latin America, insecurity positions itself as being one of the major social issues. This situation is noted in various government indicators as well as various research studies. However, in both cases very little attention has been placed on the auditory components that surround and produce a sentiment of insecurity. For this reason, the present article's purpose is to provide a more complex analysis of this sensory phenomenon, specifically from the point of view of a group of neighbors residing in a popular urban working-class neighborhood in Mexico City. In order to achieve this, a qualitative methodology was implemented, focused on the ethnographic fieldwork and inspired by the theoretical perspective of sensory studies. At the end of the article, the reader will have noted the importance of sound in regard to insecurity, but also as an element that produces a sense of risk and danger.

Keywords: Insecurity; Soundscape; Neighbors



Resumo

No México e na América Latina, a insegurança é considerada um dos principais desafios sociais. Esta circunstância é evidenciada em vários indicadores governamentais e uma variedade de estudos. No entanto, em ambos os casos, tem-se prestado pouca atenção ao componente sonoro que rodeia e reproduz o sentimento de insegurança. Por esse motivo, o presente artigo tem por objetivo fornecer uma análise mais complexa desse fenômeno sensorial, especificamente do ponto de vista de um grupo de vizinhos residentes em um bairro popular da classe trabalhadora urbana na Cidade Do México. Para este cometido, utiliza-se uma metodologia qualitativa, centrada na abordagem etnográfica e inspirada na perspectiva teórica dos estudos sensoriais. De modo que ao final do artigo, o leitor terá percebido a importância do som como um elemento não apenas representacional da experiência de insegurança, mas também como um elemento produtor de significações do risco e dos perigos.

Palavras-chave: Insegurança; Paisagem sonora; Vizinhos

Introducción

En las últimas tres décadas, la inseguridad se ha posicionado como uno de los problemas sociales que viene reclamando mayor atención entre la ciudadanía. Esta situación se constata en varias latitudes de la región latinoamericana (Latinbarómetro, 2023), pero resulta particularmente llamativa en el caso mexicano, pues existen ciertas condiciones sociales que hacen que el tema se entremezcle con otros fenómenos de igual complejidad. Entre ellos, el narcotráfico, la delincuencia de poca monta, los altos niveles de impunidad, las formas organizadas de respuesta social y un largo etcétera.

Esto ha generado que abordar la inseguridad resulte un campo de estudio sumamente complejo, donde convergen disciplinas y aproximaciones diversas. Por ello, resulta conveniente precisar que la inseguridad es analizada en este texto desde tres parámetros. Primero desde sus efectos sobre las relaciones vecinales; lo cual conforma una línea de indagación más o menos abundante y, que en los últimos años, reclama un ejercicio de sistematización y diálogo interdisciplinario. Dicha labor, por supuesto, supera los alcances de este artículo. Sin embargo, dialogo con algunas de estas investigaciones para complejizar la inseguridad desde el punto de vista de las y los vecinos de una colonia popular en la Ciudad de México.

En segundo lugar, se aborda la inseguridad desde la influencia del llamado “Giro sensorial”, y en particular, desde los elementos sonoros asociados a este fenómeno. Esta aproximación empieza a cobrar fuerza, pero los trabajos empíricos y teóricos son casi inexistentes. Por ello, este artículo procura apuntalar algunas ideas sobre la importancia del paisaje sonoro como un elemento nodal en la comprensión del riesgo y los peligros asociados a la inseguridad.

Por último, este artículo tiene como base un enfoque cualitativo, centrado en el trabajo etno-

gráfico. Es decir, que se privilegia la descripción y significación de la realidad social desde la experiencia vecinal y su relación con aquellos elementos sonoros vinculados a la inseguridad. Para este cometido, se realizaron múltiples recorridos pedestres en la colonia de estudio, se registraron varias pláticas informales con vecinos(as) residentes y, finalmente, se llevaron a cabo entrevistas semiestructuradas. Técnicas que se explican más adelante y que se consideran fundamentales para comprender el paisaje sonoro de la inseguridad.

En la convergencia de lo anterior, la pregunta que estructura este artículo es la siguiente: ¿cómo se compone el paisaje sonoro de la inseguridad desde la experiencia vecinal? Proponer un par de alternativas para analizar y responder a esta cuestión se convierte en el objetivo principal del texto, sobre todo, si se tiene en consideración que los trabajos empíricos sobre el entorno sonoro y la inseguridad son casi inexistentes. Así mismo, se espera complementar las formas en que se comprende la inseguridad a nivel teórico, especialmente desde una óptica sensorial. De modo que al final de este trabajo, el lector(a) habrá advertido la importancia del sonido como un elemento no sólo representacional de la inseguridad, sino también productor de múltiples estrategias vecinales para hacerle frente a esta grave problemática social.

Dicho esto, vale la pena precisar que el artículo consta de cinco partes. La primera, brinda un panorama teórico conceptual sobre la forma en que la inseguridad ha sido estudiada, particularmente, dentro de la región latinoamericana; la segunda, recupera el contexto de inseguridad en México, ejemplificado desde una colonia popular ubicada en la Alcaldía de Tláhuac; la tercera, contiene los preceptos metodológicos que guían este artículo; por su parte, la cuarta está enfocada en el análisis del entorno sonoro asociado a la inseguridad a partir de la experiencia vecinal; y en último lugar,

se esclarecen algunos efectos del entorno sonoro, a partir del análisis de las estrategias vecinales para afrontar la inseguridad.

Sobre el estudio de la inseguridad

Inseguridad objetiva y subjetiva

Por lo general, la inseguridad es entendida como un estado de riesgo o preocupación permanente respecto a la posibilidad de ser victimizado(a) (Kessler, 2009). No obstante, desde hace un par de décadas, múltiples investigaciones consideran imprescindible analizar este fenómeno desde dos dimensiones claramente diferenciables. La denominada inseguridad objetiva y la subjetiva (Otamendi, 2016). La primera se refiere a la incidencia de delitos reportados ante las autoridades encargadas de la impartición de justicia; estudios recientes también incorporan otras fuentes de información que buscan complementar la incidencia delictiva, como las encuestas nacionales sobre victimización, mediante las cuales se indaga si la ciudadanía ha vivido en carne propia algún hecho ilícito que no fue denunciado.

Por su lado, la inseguridad subjetiva implica el abordaje de todo un conjunto de conductas y actitudes asociadas al fenómeno delincual. Este parámetro se estudió inicialmente a partir del miedo expresado ante la posibilidad de ser víctima de un delito (una aproximación denominada *fear of crime*). Eventualmente se consideró que el miedo era sólo un componente más dentro de la multiplicidad de afectos que rodean esta problemática (Kessler, 2009). Lo cual dio lugar a que se hablara de la percepción o el sentimiento de inseguridad. En nuestro país, actualmente se aborda la inseguridad subjetiva bajo la denominada percepción de seguridad pública, mediante la que se indaga si las personas consideran que vivir en su colonia/municipio/estado es

seguro o inseguro (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2023).

Así, el registro periódico de la dimensión objetiva y subjetiva de la inseguridad constituye un referente significativo para monitorear dicho fenómeno en México desde un nivel macro. Entre otras cosas, porque muestra las variaciones temporales y geográficas de la inseguridad a lo largo y ancho del territorio. De igual manera, permite advertir ciertas prácticas cuantificables de la ciudadanía (como el gasto económico destinado a la seguridad por entidad) e identificar patrones diferenciados de respuesta social según las distintas regiones del país.

No obstante, también ha sido posible advertir ciertas inconsistencias entre ambas dimensiones, como la denominada paradoja de la inseguridad, que expresa la falta de correspondencia entre la inseguridad objetiva y la subjetiva; es decir, que no es lo mismo estar en un territorio seguro que sentirse seguro (Otamendi, 2016). Así mismo, otros investigadores realizan una crítica insoslayable sobre la clasificación misma de “objetiva” y “subjetiva”, pues consideran que dichas designaciones generan un descuido epistemológico. Por ejemplo, al considerar que la inseguridad únicamente contiene un lado “real”, como sinónimo de lo “objetivo”; y, por otro lado, que la inseguridad “subjetiva” es un asunto íntimo, personal, como si no existiese un relato colectivo que rodea este fenómeno (Guillén, 2020).

La inseguridad y los estudios sensoriales

Ahora bien, distintas investigaciones han hecho un esfuerzo importante por complejizar el estudio de la inseguridad desde otras aristas y enfoques, sobre todo, con relación a la denominada inseguridad subjetiva. Al respecto, la diversidad de abordajes es amplia y sumamente interesante, pues se ha optado por repensar desde el concepto mismo de inseguridad (Kessler, 2009; Rodríguez, 2016) hasta

analizar distintas prácticas y factores que inciden de manera efectiva en la vida cotidiana de las personas (González, 2015; Hernández, 2014; Jasso, 2015).

Dentro de estos planteamientos, existe una vertiente seminal que aborda la experiencia vecinal ante la inseguridad desde la influencia de lo que se ha denominado el “Giro sensorial” (Howes, 2014). Hablar del giro sensorial, o bien, de los estudios sensoriales, es aludir a una serie de preceptos y consideraciones teórico-epistemológicas que sostienen que toda aproximación del mundo es siempre una experiencia sensitiva; y por lo tanto, producida a partir de lo que se ve, escucha, palpa, huele y degusta.¹ Conviene adelantar que, dentro de este marco de comprensión, los sentidos se alejan de funcionar como una suerte de receptores pasivos ante la realidad, y en su lugar conllevan, parafraseando a Le Breton (2009), un trabajo incesante de interpretación y significación cultural. Por lo que hablar de la dimensión sensorial en el campo de la inseguridad implicaría preguntarse por aquellas sensaciones relacionadas con el riesgo y el peligro de ser victimizado, y sobre todo, la manera en que dicha vinculación configura la experiencia de las personas, en tanto colectivo.

Hay un par de trabajos que ilustran este tipo de aproximación. Entre ellos, Ortega (2023) analiza la inseguridad en un grupo de vecinos en Ecatepec (Estado de México), y reflexiona sobre aquellos saberes prácticos que surgen a propósito de este fenómeno, tales como el conocimiento cotidiano sobre aquellos olores asociados al peligro. Por ejemplo, el olor a “peste” de la marihuana, como lo denomina una de sus entrevistadas. Así, este conocimiento práctico desde la olfacción, asociado a la inseguridad, crea y reproduce formas de relacionarse con

¹ El planteamiento de los cinco sentidos puede rastrearse hasta Aristóteles, en el libro tercero de *Acerca del alma*. Un referente indiscutible en el mundo occidental. No obstante, distintas sociedades distinguen más –o menos– sentidos, por lo que se ha llegado a hablar de otros, entre ellos, la temperatura, la presión o la kinestesia (Le Breton, 2009).

los demás y el espacio urbano. Otro trabajo es el de Soto (2022) sobre la movilidad y el cuidado, quien señala que la inseguridad se intensifica cuando el trayecto cotidiano de las mujeres implica pasar por lugares oscuros, laberínticos o con predios abandonados. Es decir, cuando existen una serie de elementos visuales asociados a la posibilidad de ser victimizadas.

Estos y otros elementos sensoriales ayudan a comprender las formas en que se articula la inseguridad, más allá de los indicadores gubernamentales o los eventos de victimización. Sin embargo, repensar la inseguridad desde una óptica sensorial sigue siendo un asunto en ciernes dentro de la literatura especializada; y aún más, dentro de los subcampos sensoriales, como lo es el sonido asociado a la inseguridad en contextos sociohistóricos específicos. Por lo que me remito a la necesidad de ampliar esta última vertiente y reflexionar sobre sus posibilidades en el análisis de la experiencia vecinal.

¿El sonido de la inseguridad?

Dentro del campo de los estudios sensoriales, el sonido cuenta con una producción prolífica sobre la composición y el diseño sonoro del espacio físico. Esto ha sido posible —al menos en parte— gracias a la noción de *soundscape* (o paisaje sonoro), propuesta por Murray Schafer (2012), filósofo que emplea dicha noción para referirse a las características acústicas de cualquier entorno.² Esta propuesta, así como sus reelaboraciones y debates, ha sido muy fructífera dentro de las ciencias sociales y humanidades. Basta como muestra mencionar algunas de sus aplicaciones, como la creación de ma-

pas sonoros (Aiello, Aletta, Schifanella y Quercia, 2016), el establecimiento de un conjunto de pautas para mejorar entorno sonoro en las ciudades (Sami y Sara, 2023), e incluso, cuestionar la jerarquía de lo visual en la sociedad occidental (La Breton, 2009). En este sentido, hablar del paisaje sonoro constituye un subcampo sensorial con amplias resonancias y vicisitudes para el análisis de lo social.

Además, estas y otras investigaciones han permitido delinear tres características comunes sobre la comprensión en torno a la idea misma del sonido desde un enfoque sensorial. Primero, que el sonido conlleva siempre un significado y, por lo tanto, una variedad de información a interpretar; segundo, que todo proceso de significación está cargado de afectividad y representación, con cierto margen para las experiencias individuales; y finalmente, que todo sonido remite a un universo acústico propio, es decir, a una ecología, educación sensorial y cultura en concreto.

Dicho esto, conviene preguntarnos si existen aproximaciones desde lo sonoro para comprender los riesgos y peligros englobados dentro de la inseguridad. Esta interrogante puede responderse afirmativamente, pues, de hecho, es posible hallar un par de investigaciones que abordan los sonidos de la inseguridad. No obstante, lo sonoro suele ser abordado de manera complementaria, con alusiones al margen (Ortega, 2023; Soto, 2022); a través de la música asociada a la vida de personas con una carrera criminal (Rodríguez y Sandberg, 2021); o sencillamente, se aborda el sonido desde una aproximación que esquiva la significación asociada a éste en la vida cotidiana (Hener, 2024). Lo que significa que existe un cúmulo de investigaciones relativamente incipientes. Aun así, estos trabajos ayudan a repensar la importancia del paisaje sonoro en su relación con la inseguridad, pues sientan las bases para esta y otras indagaciones futuras.

² En palabras de Schafer (2012), el paisaje sonoro, o *soundscape*, puede entenderse “como cualquier campo acústico de estudio. Puede hablarse de una composición musical como un paisaje sonoro, o un programa de radio como un paisaje sonoro, o un entorno acústico como un paisaje sonoro (...). Un paisaje sonoro consiste en los eventos escuchados, no en los objetos vistos” (p. 99) [traducción propia].

En tal sentido, a continuación se propone una manera en que podría complejizarse el fenómeno de la inseguridad desde los aportes del giro sensorial, y en particular, desde las discusiones sobre lo sonoro y sus efectos en la vida vecinal. Aquí conviene adelantar una de las ideas principales de este artículo: el paisaje sonoro es un componente en sí mismo productor de la experiencia de inseguridad. ¿De qué manera?, ¿en qué condiciones?, ¿cuáles son sus efectos? Estas son algunas de las preguntas que se procura responder más adelante. Pero antes es necesario precisar el contexto social de la colonia en estudio y algunas de las premisas metodológicas que guiaron la investigación.

Las Arboledas, una colonia popular

La colonia en estudio se llama Las Arboledas, ubicada en la zona oriente de la Ciudad de México, específicamente, dentro de la Alcaldía de Tláhuac. ¿Cuáles son las características de este territorio?, ¿cuál es su situación actual frente al fenómeno de la inseguridad? Para comenzar, conviene señalar que la zona oriente de la Ciudad de México se ha distinguido históricamente por ser un entorno de transición entre lo rural y lo urbano. Sin embargo, ha sido posible presenciar un mayor grado de urbanización a partir de la segunda mitad del siglo XX, debido a la concentración del sector industrial y de servicios en la capital del país (Chavero, 2018; Marín, 2018). Esta situación caracteriza en mucho el panorama actual, pues la zona se compone en su generalidad de colonias populares con un grado de urbanización variable.

Por otro lado, la zona oriente reporta el nivel más alto de percepción de inseguridad dentro de la Ciudad de México, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (INEGI, 2024). Esto se traduce en un porcentaje del 75.8% de personas que manifiesta-

ron sentirse inseguras en este lado de la entidad federativa. Esta situación puede explicarse, al menos parcialmente, si se menciona que los delitos más frecuentes en la zona son el robo en múltiples modalidades, la extorsión y el fraude (INEGI, 2024), es decir, delitos que, aún sin ser considerados de alto impacto o graves,³ afectan de manera significativa y cotidiana a la población de a pie.

Ahora bien, Tláhuac es una de las cuatro alcaldías que componen la zona oriente de la Ciudad de México (INEGI, 2024). Esta localidad se distingue por ser un área ecológicamente estratégica para detener la expansión de la mancha urbana debido a sus características topográficas.⁴ Sin embargo, ello no ha sido suficiente, pues en los últimos años el proceso de urbanización ha sido evidente, sobre todo, en el lado colindante con la Alcaldía de Iztapalapa. En relación con los indicadores de seguridad, Tláhuac ha pasado por periodos de violencia delictuosa grave, e inclusive, se ha llegado a hablar del Cartel de Tláhuac.⁵ No obstante, en los últimos años se reporta un descenso sostenido en los delitos de alto impacto, posicionando a la Alcaldía por debajo de la media local de acuerdo con el Consejo Ciudadano para la Seguridad y la Justicia (CCSJ, 2024).

Por su parte, Las Arboledas es una de las 74 colonias de Tláhuac y se caracteriza por tener un entorno popular en consolidación (Connolly, 2005).

3 Los delitos graves se encuentran establecidos en el segundo párrafo del artículo 19 constitucional. Entre estos, encontramos el feminicidio, la delincuencia organizada o la violencia sexual contra menores. Por lo que estamos ante un delito de alto impacto o grave siempre y cuando la acción señalada se encuentre dentro del catálogo establecido en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

4 Situación que se explica por el "acuífero dado en el Suelo de Conservación, por sus zonas de producción agropecuaria y por contener parte de la Sierra de Santa Catarina", de acuerdo con el Diario Oficial de la Federación (06 de junio, 1997).

5 Distintos medios reportan que el Cartel de Tláhuac surgió en el 2012, como parte de una división del Cártel de los Beltrán Leyva. Esta organización criminal cobró notoriedad a partir de la detención y muerte de su entonces líder, Felipe de Jesús Pérez, alias "El Ojos". Tras este suceso, el Cartel de Tláhuac sigue operando y realizando distintas actividades delictivas como el secuestro, la extorsión y la venta de drogas. La Secretaría de Seguridad Ciudadana de la Ciudad de México cuenta con un archivo periodístico del caso en su sitio web.

Lo cual significa que existe un nivel de equipamiento urbano medio (banquetas, calles, alumbrado) y varios servicios públicos, pero también un grado de urbanización variable, donde aún es posible observar calles sin pavimentar y terrenos desocupados. En este lugar, la violencia asociada a la delincuencia es relativamente inusual, con hechos que, por lo regular, son considerados de bajo impacto, como la violencia familiar, el robo y la falsificación de títulos al portador (Fiscalía General de Justicia, 2022). Sin embargo, la confluencia de estos y otros delitos más graves ha sido suficiente para posicionar a Las Arboledas como una de las colonias más peligrosas de Tláhuac (Huitrón, 2024). Por lo cual, resulta sugerente preguntarnos sobre los efectos de la inseguridad en la vida vecinal y su relación con aquellos elementos del paisaje sonoro.

Precisiones metodológicas

La información y los datos usados para la elaboración de este artículo son parte de una investigación más amplia, enfocada en el fenómeno de la inseguridad y el vigilantismo en la Ciudad de México. Sin embargo, a partir de la reflexión del trabajo de campo fue pertinente resaltar la importancia del sonido, como un componente medular de la experiencia vecinal frente a la inseguridad. Por ello, analizar el paisaje sonoro fue una manera, primero, de complejizar la descripción densa de la realidad social en una colonia popular, y segundo, de construir un marco teórico-interpretativo que permitiera comprender la inseguridad más allá de los referentes tradicionales que se utilizan para su estudio.

Dicho esto, conviene especificar ciertas pautas metodológicas sobre este artículo. Lo primero es su carácter etnográfico (Restrepo, 2018). Ello se debe a que durante la investigación se privilegió la descripción y significación de la realidad social desde las y los vecinos de Las Arboledas. Aproximación que se

acotó, en específico, en torno a la inseguridad y los sonidos asociados con este fenómeno. A este modo de abordar la realidad social se le ha denominado *etnografía sonora*, en la medida en que se analizan los modos de escuchar y sonar en determinados contextos y temporalidades (Petit, 2021; Carvalho y Vedana, 2009).

Ahora bien, trabajar desde esta vertiente de la etnografía implicó identificar aquellos elementos sensibles que componen el paisaje sonoro de la inseguridad. Por ello, se realizó un trabajo de campo que consistió en una serie de técnicas llevadas a cabo entre julio de 2022 hasta febrero de 2024. En primer lugar, se incluye un conjunto de notas obtenidas a través de la *caminata* (Aguilar, 2016); técnica empleada con el objetivo de identificar las interacciones vecinales y las características sonoras de Las Arboledas y, que en los hechos, implicó recorrer el total de calles, avenidas y cerradas de la colonia, haciendo un registro de aquellas dinámicas y estímulos sensoriales vinculados con la inseguridad. Esta técnica puede entenderse como una modalidad pedestre de la observación participante. Sin embargo, aquí se sostiene que ésta involucra, sobre todo, una inmersión corporal en la realidad social, mediante la cual el investigador usa su propia experiencia para la producción de conocimiento científico (Le Breton, 2021; Pink, 2015).

A las caminatas se suma mi propia experiencia como vecino de Las Arboledas, donde radiqué desde el segundo semestre del 2003 y hasta mediados del 2023 (salvo por un periodo de casi siete años, comprendido entre el año 2010 y 2016). Esta situación podría considerarse como una barrera al conocimiento neutral y objetivo, especialmente desde la epistemología anclada al positivismo. Sin embargo, aquí se retoma mi pertenencia a la colonia como una fuente misma de reflexividad (Devereux, 2012), que permite la producción de un conocimiento situado, contextual y encarnado (Pink, 2015; Santos,

2009). Por esta razón, empleé una segunda técnica: el diario de investigación (Lourau, 1989). Su objetivo fue registrar algunos sucesos de inseguridad que marcaron la vida en Las Arboledas, identificar las transformaciones sonoras que había advertido durante dicho periodo, reflexionar sobre mi propio tránsito por Las Arboledas, y el registro de pláticas informales con vecinos de la zona.

Finalmente, se realizaron una serie de entrevistas dentro del trabajo de campo. Esta técnica estuvo pensada como un “diálogo *formal* orientado por un problema de investigación”, tal y como lo plantea Restrepo (2018:76-77). La formalidad de las entrevistas se debe -entre otros parámetros- a su carácter semiestructurado, lo que implicó partir de una pregunta general y continuar el diálogo bajo otras interrogantes y un modelo no directo que privilegiara los conceptos experienciales (es decir, aquellas palabras utilizadas por los entrevistados para relatar sus propias experiencias [Guber, 2022]). En total, se retomaron 4 entrevistas semiestructuradas con duración promedio de 1.5 horas. Éstas se realizaron a personas residentes de Las Arboledas, con la intención de conocer, matizar y completar aquellas situaciones y elementos asociados a la inseguridad.

Por último, es importante mencionar que este artículo tomó como base una aproximación narrativa, enfocada en crear y evocar un conjunto de imágenes multisensoriales, en este caso, enfocadas al sonido. Lo que implica transmitir al lector(a) una idea cercana de lo que significa estar en un determinado paisaje sonoro, con la intención de involucrarle sensorialmente a partir de las palabras (Howes, 2014; Pink, 2015). Este abordaje, como también lo señala Sabido (2021), se aleja de reconstruir las vivencias “directas” de las personas involucradas, y en su lugar, se retoma cómo es que “a través del lenguaje se significa la experiencia [sensorial]” (p. 255). Cabe señalar que los fragmentos de entrevistas, notas del diario de investigación, observaciones

y otros documentos usados para la reconstrucción de la experiencia vecinal han sido anonimizados para la protección de datos sensibles y/o identificación de las personas involucradas.

El paisaje sonoro de la inseguridad en Las Arboledas

El ambiente sonoro que permea en las colonias populares de la Ciudad de México tiene cierta consistencia, con ello quiero decir que hay patrones comunes que caracterizan estos lugares. Es una cacofonía que, para el visitante acomodado o el extranjero, puede resultar un entorno exótico, cuando no caótico, repleto de ruidos “sin armonía” y –usualmente– estridentes. En cambio, para quien nació o ha vivido durante cierto tiempo en estas calles, dicho ruido es algo más, es un sonido cargado de sentido, con su propia significación y determinado bajo cierta sensibilidad. Es así como las colonias populares conforman una suerte de comunidad sensorial, donde sus habitantes comparten formas comunes de escuchar y significar los ruidos de este microcosmos urbano.

Pero ¿qué ruidos componen el entorno sonoro de las colonias populares?, es decir, ¿qué es lo que oyen regularmente los y las vecinas en sus calles, cerradas y avenidas? Y si comenzamos a relacionar lo sonoro con la inseguridad, vale la pena preguntarse ¿existen ruidos asociados a la inseguridad?, ¿a la tranquilidad?, y aún más interesante, ¿cómo el paisaje sonoro envuelve una creación y producción de las experiencias vecinales?

En las colonias populares es común identificar una corriente sonora alusiva a las ventas y servicios. La campana del camión de la basura, el audio clásico “del fierro viejo”, el altavoz que promociona los tamales, el vapor estridente que anuncia los camotes, o el barullo indistinguible de los tianguis cercanos. Todos están presentes en Las Arboledas.

Sin embargo, también hay otros sonidos que son oriundos de cada trama vecinal, social y espacial. En el caso de la colonia, el paisaje sonoro se impregna igualmente del ruido de una corneta, que es el llamado para quien gusta de los elotes, esquites o patitas de pollo. También hay un triciclo que anuncia donas de chocolate; una camioneta que comunica la venta de paletas de hielo; y un puesto improvisado que ofrece rebanadas de pizza sobre una de las avenidas principales.

De igual manera, hay otros ruidos que suelen asociarse a la dinámica de Las Arboledas. Me refiero concretamente a aquella melodía que se orquesta en las “horas pico”; es decir, cuando la gente sale a trabajar, se dirige a una institución educativa, o bien, cuando regresa tras la jornada del día. En esos momentos se produce un entorno sonoro modelado por el ruido metálico de los motores. Coches, motocicletas y camiones son los instrumentos que componen esta sinfonía. Se suma a ello, por supuesto, el ruido de puertas cerrándose o abriéndose y, si uno presta atención, incluso la presencia de personas avanzando sobre la calle. De manera que ambos sonidos son parte de la experiencia habitual de los vecinos.

Ahora quisiera poner el acento en aquellos sonidos que emergen —o se producen a total voluntad— en el terreno de la inseguridad. Al respecto, existen algunas propuestas para reflexionar analíticamente sobre el entorno sonoro, entre ellas, la planteada por el mismo Schafer (2012), quien distingue tres tipos de sonidos vinculados con la vida social.⁶ Se trata de una propuesta clave, no hay duda, pero su empleo en esta investigación resulta insuficiente para analizar los matices sociales de la inseguridad.

⁶ Schafer llega a hablar de tres tipos de sonidos: *keynotes*, *signals* y *soundmarks*. Los primeros serían producidos por la geografía y el clima; los segundos, serían aquellos sonidos que se escuchan de manera consciente y que constituyen un aviso, como las campanas o el ruido de las sirenas; los últimos se refieren a aquellos sonidos que son particularmente reconocibles por los miembros de una determinada comunidad.

Es por esta razón que, en su lugar, planteo analizar y comprender el entorno sonoro de Las Arboledas a partir de la idea de alerta y alarma. Cabe precisar que esta clasificación no es casual; se usa en varios contextos para diferenciar situaciones que envuelven un peligro inminente (alarma), de aquellas que simplemente están asociadas al riesgo (alerta).⁷ Por lo que aquí propongo una reapropiación de esta clasificación para pensar la experiencia vecinal de Las Arboledas, y así hablar de sonidos significados como alerta o alarma, según el peligro o riesgo experimentado por los vecinos.

Alarmas, el sonido del peligro

En este apartado abordo una primera clasificación sobre el paisaje sonoro de Las Arboledas: los sonidos de alarma. Estos pueden entenderse como una resonancia sonora asociada a situaciones de peligro y que suelen demandar la acción inmediata de los vecinos, debido a su carácter imperioso y de miedo constante. En el universo sonoro de la colonia es posible identificar tres alarmas en este sentido.

La primera se enciende con el ruido de las fiestas. Esto es, con reuniones cuya característica sonora es la música estridente y un bullicio en aumento. Sin embargo, las fiestas en sí mismas suelen ser aceptadas en la vida vecinal de Las Arboledas. En cambio, comienzan a generar conflicto cuando se vuelven recurrentes y su duración se prolonga, sobre todo, porque en estos casos las fiestas se entremezclan con imágenes y olores asociados al consumo abundante del alcohol o sustancias psicoactivas. Aquí los sentidos se engarzan y asocian a gente que, en palabras de los vecinos, suele ser “probleemática”.

⁷ Por ejemplo, en el ámbito de protección civil de la Ciudad de México se hace uso de esta clasificación para diferenciar situaciones de menor riesgo, de aquellas que requieren de una actuación en carácter de emergencia.

Además, esta primera alarma se recruce cuando acuden personas desconocidas a las fiestas. Es decir, cuando se trata de gente que no resulta habitual en la vida cotidiana de los vecinos. Estas personas son quienes encarnan imaginariamente el peligro, pues, como dice Frida, una de las vecinas entrevistadas, “no sabes en qué momento van a llegar unos locos y se les vaya a botar la canica”. Lo mismo sucede con las reuniones de los “panchitos”,⁸ que asentaron su vivienda irregularmente en las faldas del Yuhualxiqui, un cerro de tonalidades rojinegras que caracteriza la colonia. Así, esta alarma se enciende ante el sonido de las fiestas, pero se recruce cuando los asistentes son personas susceptibles de ser estigmatizadas (Goffman, 1986), ya sea por residir fuera de Las Arboledas, o bien, porque viviendo en la colonia, no son reconocidas bajo la etiqueta de vecino(a).⁹

La segunda alarma es quizá la más inusual, pero también es la que se graba con una profundidad inaudita en la memoria. Esta alarma se activa a través del ruido de los balazos. Ernesto, la pareja sentimental de Frida, relata que ellos sentían desconfianza de una vecina que solía invitar gente los fines de semana, ya que en alguna de sus reuniones escuchó una pelea, seguida de la detonación de una pistola enfrente de su casa. A partir de este evento, Ernesto advirtió el peligro de una bala perdida y desalentaba a su familia a mirar o acercarse a las ventanas que dan a la calle, pues “no vaya a ser la de malas”.

Esta señal auditiva, además, presagia un presente y un futuro desafortunado. Otra vecina de nombre Karina recuerda que hubo dos sucesos, asociados a la urbanización, que cambiaron el destino de Las Arboledas: la gente que llegó a vivir en el cerro y el sonido de armas de fuego.

Desafortunadamente desde que lleg[ó] a vivir más gente, aquí, al cerro, fue cuando hubo más inseguridad. Escuchábamos (...) que estaban limpiando sus armas ahí en el mero afuera, en las calles de allá arriba del cerro. Entonces fue donde empezamos a ver que ya no faltaba que asaltaban, tiro por viaje, todo esto de aquí [la calle de Alta tensión, que divide la colonia en norte y sur].

Este sonido pareciera ser el *soundtrack* por excelencia que materializa la inseguridad en Las Arboledas. Pero ¿a qué se debe que la detonación seca de las balas tenga una efectividad inaudita para azuzar los miedos y confirmar la inseguridad? Primero, porque permite confirmar los estigmas existentes sobre las personas consideradas peligrosas (“los que rentan”, “los locos”, “los panchitos”). Y segundo, debido a ciertas cualidades del sonido *per se*: su capacidad para atravesar paredes y muros (Le Breton, 2009), inclusive al interior del hogar; así como a su efecto representacional (O’Callaghan, 2009), pues este sonido conlleva un baño sonoro de muerte para los vecinos.

Karina narra una de las veces en que escuchó con mayor cercanía el ruido de las balas:

Esa noche, ya era la 1:20 de la mañana, yo estaba... no me acuerdo si viendo mi celular, o rezando, algo así, cuando apagué la luz y me acosté. Iba apenas a cerrar mis ojos cuando oí las detonaciones, ¡iiih! [exclamación de susto]. Pero las oí aquí adentro. “¡Mi hija!”, Ella dormía acá abajo [planta baja] con la niña. Me bajé, ¡pero como loca!

Este sonido es una alarma que demanda acción, nada menos —y con motivos de sobra—. Interpela a tomar cartas en el asunto: alejarse de ventanas, recubrirse en muros, o avisar a los cercanos. Si al

8 Una designación utilizada por los vecinos para referirse a las personas del Frente Popular Francisco Villa (FPFV), quienes constituyen una organización social de personas solicitantes de vivienda desde el año 1989. En Las Arboledas, el FPFV ha tomado dos grandes predios, además de una extensión considerable de terreno en los límites de la Alcaldía Tláhuac e Iztapalapa.

9 En la experiencia vecinal, el estigma surge como un proceso psicosocial de desacreditación que tiende a degradar al otro a partir de determinadas características e información social. Sin embargo, también surge como una forma de conjurar el temor y la angustia producida por la inseguridad, pues de esta manera, el miedo se vuelve localizable. Por lo que se crean etiquetas identitarias opuestas a la figura del vecino (“panchitos”, “los que rentan”, “los mariguinitos”) para organizar y relacionarse en el microcosmos de Las Arboledas.

paso de unos minutos se confirma alguna tragedia, se genera una marca indeleble sobre la memoria; y en caso de que no haya rastro sobre el origen de los balazos, la tranquilidad se resquebraja de todos modos. Por lo que en ambos supuestos, el sonido de las balas **toca** a los vecinos y conforma la experiencia sensorial en Las Arboledas

Por último, se pudo identificar una tercera alarma que, de forma sutil pero concisa, está asociada con el peligro. Se trata de sonidos que podríamos tildar de inauditos e inusuales, por no estar asociados a la vida cotidiana. Los vecinos los han descrito como “rasguídos”, “pisadas”, voces no conocidas o —en ausencia de algún sustantivo que signifique esta experiencia— simplemente como “ruidos”. Una palabra usada normalmente para referirse a un estímulo inasible y sin una significación precisa (Le Breton, 2009). Pero lo particular de esta alarma es que se activa sólo entrada la noche o la madrugada; ahí reside su carácter inquietante, de peligro. ¿Por qué razón? Debido a que estos sonidos suelen asociarse a la intromisión de alguna persona ajena al hogar; y, que a diferencia de un balazo o la ruptura de un cristal, esta alarma ostenta un carácter tenue, casi imperceptible. Por ejemplo, Karina recuerda que ella advirtió un robo a partir de una serie de ruidos ligeros que alcanzó a escuchar a mitad de la noche en casa de una de sus vecinas.

Aquí vale la pena agudizar el oído, saber diferenciar las pisadas y movimientos humanos de las de algún animal. Inclusive diferenciar los tonos de voz, pues bien entrada la madrugada, se vuelve una habilidad indispensable. Otra vecina de nombre Carmen narra un suceso en este último sentido. Ella relata que percibió la imagen borrosa de un joven en su habitación siendo las 3:00 de la madrugada aproximadamente. Entre la pesadez del sueño y el cansancio, pensó que se trataba de un sobrino lejano, a quien no había visto en algún tiempo:

... Yo le dije: “¿qué pasó mijo?, ¿quién te trajo?”. De momento pensé que había llegado de Puebla, y dice: “No, no pasa nada jefa”. Y yo dije: “No, pues no, no es la voz de Mario” (...). Me levanté y ya andaba en la recámara de Carlos [su hijo]. ¡[El joven] no sabía ni qué!

Así, los ruidos inusuales por la noche se convierten en alarmas que auguran un peligro inminente; de ahí que la escucha se vuelve una herramienta fundamental cuando la oscuridad predomina, pues la vista se torna borrosa, confusa y a veces imposible. En ese momento pareciera que sólo queda la escucha para hacerle frente a cualquier incidente.

Alertas, el sonido del riesgo

Como precisé unas páginas atrás, a diferencia de las alarmas, las alertas se activan de manera preventiva, pues su propósito es advertir o reducir los riesgos, es decir, aquellos supuestos que tiene la posibilidad de llegar a constituir un peligro. Se trata, entonces, de ruidos que se forjan al calor de la prevención. En Las Arboledas fue posible identificar tres sonidos bajo esta segunda clasificación del paisaje sonoro.

En primer lugar, sobresalió la figura de “El velador”, un señor de mediana edad que recorría en bicicleta las calles de la colonia algunos días de la semana. En su trayecto solía chiflar con el apoyo de un silbato. Ése era su sonido, y aunque rudimentario, el eco de las ondas resultaba potente para resquebrajar el entorno sonoro de la madrugada. Así, el chillido conformaba una señal sonora (Schafer, 2012) que representaba la seguridad, aunque paradójicamente, también fungía como recordatorio de los riesgos cotidianos; entre ellos, que afuera había personas dispuestas a robar. Sin embargo, estos “vigilantes de la noche” —como también los nombra Carmen— dejaron de pasar hace poco más de 10 años en Las Arboledas, entre otras cosas, debido al incremento de la violencia y los riesgos de “velar”

las calles sin armas. Ahora, aquel ruido constituye sólo un recuerdo del entorno sonoro para los vecinos con más tiempo residiendo en la colonia.

“El gritón” llegó a ser otra de las alertas que solía escucharse. A diferencia del velador, su entorno era la luz del sol, preferentemente el de la mañana o el medio día. Esta figura era encarnada por un par de adultos jóvenes que vendían un periódico local, y se ganaron el apelativo de “gritón” o “gritones” porque hacían uso de sus pulmones y garganta para promocionar las noticias de la colonia. Leían los titulares a viva voz para despertar la curiosidad y, por supuesto, el morbo de los vecinos. Una vecina de nombre Hilda nos relata que así llegó a confirmar ciertas sospechas tras enterarse de los delitos que se cometían en la zona: “Después oímos que pasaba El gritón, ¡joven que se dedicaba a robar ha sido baleado porque se metió a una casa!, ¡y lo mataron!, ¡andaba en una moto!”. Así, “El gritón” constituía—en toda la extensión de la palabra—un narrador de la vida vecinal, tal como lo concibe Benjamin (2009).¹⁰ Tras los años, esta figura fue sustituida, entre otros factores, por la ola avasalladora de rumores escritos en redes sociales y la quiebra de pequeñas editoriales.

Una última alerta es el sonido que se genera al interior de la propia casa. Esta situación apela a la posibilidad de que los ruidos lleguen al exterior del hogar y desalienten la comisión de conductas delictivas, en particular, el robo a casa habitación. Se trata de una estrategia sonora similar a aquella empleada por los vecinos cuando dejan encendida la televisión o el radio durante su ausencia para aparentar que hay gente. Sin embargo, una de las ve-

cinas brindó un ejemplo un tanto más interesante. El comentario surgió mientras hablábamos acerca de la transformación de las rutinas cotidianas ante la inseguridad:

Fijate que ya no es de confianza [andar en la calle]. Inclusive vas cambiando el interés de comprarte algo de oro, a lo mejor te compras algo de plata, pero pues muy sencillito. Ya no traes la extravagancia. Pero, por ejemplo, ¡Ay ese Diego! [su nieto], tiene una vocezota, ¡de grande!, ¡qué bueno!, porque así creerán que estoy con un hombrezote, ¿verdad?

Esta alerta coloca el acento en la posibilidad de que las voces interiores desborden los muros que separan lo privado de lo público y, encima, reproduce una idea de masculinidad asociada a lo “grande” y a la “protección”, que, dicho sea de paso, consolida cierto beneficio en la dinámica de Las Arboledas y otras colonias populares. Así, este tipo de alerta pareciera buscar una suerte de transparencia sonora en la que la voz de un “hombrezote” sirva de protección al término del día.

Del paisaje sonoro a las estrategias vecinales

Hasta el momento, se ha brindado una reconstrucción sensorial de Las Arboledas, en especial, desde aquellos sonidos asociados a la inseguridad. Este esfuerzo permite complementar varias investigaciones sobre el tema, pues como se dijo, la inseguridad suele relacionarse principalmente con la atestiguación de conductas delictivas y el temor a ser victimizado. Por lo que abordar el paisaje sonoro se convierte en una manera novedosa de preguntarse por otros elementos que moldean igualmente el fenómeno de la inseguridad, y en particular, desde la óptica vecinal.

Al respecto, es interesante analizar las prácticas que acompañan el paisaje sonoro de Las Arboledas. Para ello, se retoma la propuesta de Rodríguez (2009), quien habla de estrategias con el objetivo

¹⁰ De acuerdo con Benjamin, el narrador se distingue por tres características: transmite un saber práctico, hace del relato un hecho colectivo y deja huella en quien lo escucha. En este sentido, es que “El gritón” constituía un narrador por excelencia, ya que brindaba una función práctica para los vecinos (pues señalaba las calles más peligrosas, los horarios indebidos y otros tantos consejos preventivos que pueden deducirse de las noticias locales), creaba una historia común (es decir, de la vida en Las Arboledas) y ahondaba en la creación de una memoria colectiva (a partir de lo ocurrido).

de abordar las respuestas originadas en el seno de la inseguridad. La noción de estrategia en este contexto implica reconocer que los vecinos no sólo son objeto de la inseguridad (es decir, que padecen el fenómeno), sino que también son agentes de los sucesos que les aquejan en la vida diaria y ejercen una serie de prácticas en consecuencia. En el caso de Las Arboledas, se observa que las estrategias vecinales varían de acuerdo con las características de cada evento: ya sea un robo en casa habitación que se advirtió por escuchar “ruidos” o el uso mismo del ruido para socializar los riesgos. Sin embargo, también es posible marcar una diferencia fundamental sobre dichas estrategias, considerando la clasificación misma de alerta y alarma que se propuso con anterioridad.

Así, puede precisarse que los sonidos de alarma suelen traer consigo estrategias vecinales enfocadas en la evitación. Este tipo de prácticas, como su nombre lo indica, se caracterizan por eludir situación de peligro en la cotidianeidad. Reportar a personas “ruidosas”, resguardarse en un lugar seguro tras el sonido de posibles balazos, o bien, despertarse en medio de la madrugada tras un ruido inusual, son algunos ejemplos. De igual manera, conviene precisar que este tipo de estrategias demanda la acción inmediata de quien escucha, por lo que tan pronto aparece un ruido de alarma sobre el horizonte, los vecinos toman cartas en el asunto.

Por otro lado, los sonidos de alerta generan estrategias enfocadas más bien en la disuasión. Es decir, en producir varias acciones que desalientan la comisión de delito u otras prácticas consideradas desviadas. De modo que si los sonidos de alarma recaen sobre el vecino, obligándolo a responder de manera inmediata, los sonidos de alerta están orientados a la persona que pretende transgredir la vida vecinal. Los ejemplos son esclarecedores: el ruido del silbato producido por “El velador”, la información compartida por “El gritón” y la emisión de

sonidos al interior del hogar. Estrategias enfocadas en disminuir los riesgos que acompañan la inseguridad a partir de la materialización de algún sonido. Además, estos son producidos a total voluntad por los integrantes de Las Arboledas, como una manera de crear barreras sonoras contra la cotidianidad de los riesgos.

Por supuesto que estas estrategias componen una muestra pequeña dentro del universo de la inseguridad. Primero, ya que no todas estas acciones se relacionan, al menos de manera directa, con el paisaje sonoro. Por ejemplo, la instalación de cámaras de videovigilancia o la modificación del espacio urbano para crear entornos cerrados. Estrategias vecinales enfocadas en ampliar o reducir el panorama visual que se tiene en las colonias populares. En segundo lugar, existen prácticas que sencillamente poseen un carácter más organizado y que trascienden el paisaje sonoro, como la implementación de agrupaciones bajo la etiqueta de “vecinos vigilantes”, o bien, los casos de linchamiento que cada cierto tiempo llegan a los medios de comunicación.

Pese a estas observaciones, considero que no puede soslayarse la importancia del paisaje sonoro en la conformación de la experiencia de inseguridad, pues existe un efecto palpable de este sobre el modo en se habita Las Arboledas. Dicho esto, el paisaje sonoro tiene un rol fundamental. Primero, debido a que conforma un elemento replicador y productor de la inseguridad misma, sin necesidad de que medie un hecho delictivo o el temor constante a ser victimizado. Y segundo, si se toma en consideración que éste genera un cúmulo de estrategias vecinales que sólo son entendidas en un contexto marcado por la desconfianza y la inseguridad.

A modo de cierre

En suma, el presente artículo brinda una reconstrucción sensorial de la inseguridad, especialmente,

desde el análisis y la reflexión del paisaje sonoro. Aunque esta aproximación tomó como base algunos referentes tradicionales en el tema (Howes, 2014; Le Breton, 2009; Schafer, 2012), se propuso repensarlos de manera situada, esto es, desde el contexto mexicano de una colonia popular y la experiencia de las y los vecinos que habitan en ella.

La elección de la colonia no fue casual. Las Arboledas, como señalé previamente, se encuentra ubicada en la zona de la Ciudad de México con el índice de percepción de inseguridad más alto dentro de la entidad federativa. Así mismo, los vecinos reportan una urbanización acelerada en los últimos años; situación que ha cambiado en mucho la dinámica y las formas de relacionarse dentro de Las Arboledas. Estas características me parecieron sugerentes para reflexionar sobre el paisaje sonoro y la forma en que se producen experiencias de inseguridad desde la óptica vecinal.

Así, esta aproximación estuvo enfocada en mostrar cómo un grupo de vecinos comparte formas colectivas de sentir y significar diversas sensaciones sonoras. Dicha labor implicó dos niveles de aproximación: por un lado, crear un repertorio sonoro sobre aquello que los vecinos escuchan habitualmente en su relación con la inseguridad; y, por el otro, reflexionar sobre los modos en que se significan estos sonidos y las estrategias vecinales empleadas para enfrentar este fenómeno. En tal tenor, fue necesario hablar del paisaje sonoro para mostrar que, pese a las variaciones individuales de interpretación, educación y significación sensorial, existen una serie de patrones comunes sobre la inseguridad y la experiencia vecinal.

De ahí propuse comprender el entorno sonoro de Las Arboledas a partir de la clasificación de alarma y alerta sonora. Esta doble clasificación permitió mostrar, en un primer momento, la composición del paisaje sonoro de la inseguridad en función de la existencia de un peligro o un riesgo; y, en un se-

gundo momento, la impronta de estos sonidos en la producción de estrategias vecinales frente a dicho fenómeno, en el que se reconoce el papel activo de los vecinos para hacerle frente a situaciones marcadas por la inseguridad. Vale la pena acentuar que mientras los sonidos de alarma generan la respuesta inmediata de los vecinos, las alarmas sonoras son en sí mismas una estrategia para disuadir la comisión de conductas desviadas.

Por último, conviene enfatizar que los hallazgos reportados en este artículo se enmarcan en una vertiente novedosa que estudia la inseguridad desde los aportes del giro sensorial. Por esta razón, convendría profundizar en algunas cuestiones sumamente interesantes. Una de ellas sería trasladar la metodología usada en este artículo para analizar el paisaje sonoro de otras colonias económicamente más favorecidas y complejizar la experiencia vecinal. De igual manera, resulta sugerente historizar la transformación del paisaje sonoro asociado a la inseguridad, pues pienso en uno de los linchamientos más icónicos ocurridos en la Ciudad de México,¹¹ donde el ruido de las campanas fungió como un medio para alertar y organizar a los vecinos. Por lo tanto, me parece que considerar ambas indagaciones sin duda posibilitaría complementar nuestra comprensión sobre el paisaje sonoro de la inseguridad y sus efectos sobre las maneras en que se transita y habita la ciudad.

11 En noviembre de 2004, aconteció el linchamiento de tres elementos de la Policía Federal Preventiva en Tláhuac. Los policías fueron acusados de secuestro, luego de que se les sorprendiera en las intermediaciones de una escuela primaria. En este suceso, algunos pobladores recurrieron al repique de campanas como una vía para socializar y orquestar la violencia física sobre los linchados.

REFERENCIAS

- Aguilar, M. (2016). El caminar urbano y la sociabilidad. Trazos desde la Ciudad de México. *Alteridades*, 25(52), 23-33.
- Aiello, L., Aletta, F., Schifanella, R., y Quercia, D. (2016). Chatty maps: constructing sound maps of urban areas from social media data. *Royal Society Open Science*, 3(3), 150690.
- Baz, Margarita (1998). La tarea analítica en la construcción metodológica. En Encrucijadas metodológicas en ciencias sociales (pp. 55-66). México: UAM-X - CSH.
- Benjamin, W. (2009). El Narrador. En W. Benjamin, *Obras. Libro II, vol. 2* (pp.41-68). España: Abada Editores.
- Bleger, J. (1998). *Temas de psicología (entrevista y grupos)*. Argentina: Nueva Visión.
- Carvalho, A. y Vedana, V. (2009). La representación imaginaria, los datos sensibles y los juegos de la memoria: los desafíos de campo en una etnografía sonora. *Revista Chilena de Antropología Visual* 13, 37-60.
- Chavero, G. (2018). *Identidad, tradición y procesos instituyentes: formas de organización festivas alternativas en los pueblos originarios de Tláhuac* [Tesis de Maestría en Psicología Social]. UAM, Ciudad de México.
- Connolly, P. (2005). *Tipos de poblamiento en la Ciudad de México*. México: Observatorio Urbano de la Ciudad de México – UAM-Azcapotzalco.
- Consejo Ciudadano para la Seguridad y la Justicia [CCSJ] (2024). Consultado el 03 de octubre de 2024, de: <https://consejociudadanomx.org/reportes>
- Devereux, G. (2012). De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. México: Siglo XXI.
- Fiscalía General de Justicia [FGJ] (2022). *Carpetas de investigación (archivo)*. Consultado el 28 de agosto de 2024, de: <https://datos.cdmx.gob.mx/dataset/carpetas-de-investigacion-pgj-cdmx>
- Goffman, Erving (1986). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Nueva York: Simon & Schuster.
- González, P. (2015). *Participación vecinal y mantenimiento del espacio público: su incidencia en la percepción de inseguridad y desorden* [Tesis de Maestría en Psicología]. UNAM, Ciudad de México.
- Guber, R. (2022). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. México: Siglo XXI.
- Guillén, F. (2020). La falacia de la seguridad objetiva y sus consecuencias. *Internacional E-Journal of Criminal Science*, 16, 1-28.
- Hener, T. (2024). Noise pollution and violent crime. *Journal of Public Economics*, 215, 104748.
- Hernández, S. (2014). Todos somos ‘víctimas’: acerca del ‘vecino’ como víctima de la inseguridad. *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, 41(1), 137-167.
- Howes, D. (2014). El creciente campo de los Estudios Sensoriales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 6(15), 10-26.
- Huitrón, A. (2024). Estas son las colonias más inseguras de la alcaldía Tláhuac. *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/mexico/2024/05/15/estas-son-las-colonias-mas-inseguras-de-la-alcaldia-tlahuac/>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI] (2023). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública. Marco Conceptual*. Consultado el 02 de noviembre de 2024, de: <https://www.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=889463912651>

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI] (2024). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública*. Consultado el 02 de noviembre de 2024, de: <https://www.inegi.org.mx/programas/envipe/2024/>
- Jasso (2015). *¿Por qué la gente se siente segura en el espacio público?* [Tesis de Doctorado en Políticas Públicas]. CIDE, Ciudad de México.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latinbarómetro (2023). Problema más importante en el país. Consultado el 29 de octubre de 2024. <https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>
- Le Breton, D. (2009). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2021). *El elogio del caminar*. España: Siruela.
- Lourau, R. (1989). *El diario de investigación, materiales para una teoría de la implicación*. México: Universidad de Guadalajara.
- Marín, O. (Coord.) (2018). *Informe especial: Crecimiento urbano y derechos humanos en la Ciudad de México*. CDHCM: México.
- O'Callaghan, C. (2009). The world of sounds. *The Philosophers' Magazine*, 45(2), 63-69.
- Ortega, L. (2023). Vorágine de saberes alrededor del movimiento cotidiano en contextos de inseguridad urbana. *Vivienda y comunidades sustentables*, 7(14), 43-57.
- Otamendi, M. (2016). Seguridad objetiva y subjetiva en América Latina: aclarando la paradoja. *Rev. Bras. de Seguridad Pública*, 1, 56-87.
- Petit, F. (2021). "Vos, por ahí, no te das cuenta". Etnografía sonora de un ciego transitando la ciudad de Buenos Aires. *Realidades socioculturales*, 10(5), 179-202.
- Pink, S. (2015). *Doing sensory ethnography*. London: Sage.
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rodríguez, D. y Sandberg, S. (2021). The soundtrack of criminal careers: On music, life courses and life stories. *Theoretical Criminology*, 28(1), 88-106.
- Rodríguez, E. (2008). Las estrategias securitarias de los grupos desaventajados. *Delito y Sociedad* 26 (2), 117-136.
- Rodríguez, E. (2016). *La máquina de la inseguridad*. Argentina: Estructura Mental a las Estrellas.
- Sabido, O. (2021). El giro sensorial y sus múltiples registros. Niveles analíticos y estrategias metodológicas. En B. Márquez y E. Rodríguez (Coords.), *Etnografías desde el reflejo: práctica-aprendizaje* (pp. 243-276). México: UNAM.
- Sami, M., y Sara, K. (2023). Beyond Noise Reduction: Designing for Positive Acoustic Experiences in Cities. *International Journal of Advanced Natural Sciences and Engineering Research*, 7(9), 222-233.
- Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI-CLACSO.
- Schafer, M. (2012). The soundscape. En J. Sterne (Ed.), *The sound studies reader* (pp. 95-104). New York: Routledge.
- Soto, P. (2022). Un marco analítico para el estudio de las geografías del miedo de las mujeres a partir de la evidencia empírica en dos ciudades mexicanas. *Encartes*, 5(10), 17-42.